

había-a dejado la casa para siempre, seguía-a aferrándose a todos ustedes con una mano. ¿Por favor, perdíñenme!
«Entonces, chetta, si pudieras darme dinero para comprar un paraguas, estaría-a muy feliz. Porque la carretera está muy agrietada y es difícil caminar junto a otra persona para colarme bajo la protección de su paraguas. Si puedes, por favor mándame al menos cinco rupias».

Alphonsa lloriqueó mientras besaba las mejillas de su padre y de su hermano. Después, fatigada, se hundió en la estrella de papel plateado que había-a sobre su frente.

La procesión comenzó a moverse. Alphonsa acompañó su cuerpo al cementerio. Kuria tenía-a una expresión ausente y sacudía-a la campana como un tamborileo: talán... talán... Alphonsa se sintió adormilada de nuevo, pero esta vez reunió toda su fuerza para alejar el sueño. ¿Está bien dormirme en mi propio entierro?

Cuando la gente dejó los jardines del convento, una leve llovizna entró, cayendo a través de la luz caliente del sol. Las aflicciones de Alphonsa desaparecieron. ¡Shooo!, dijo. ¡Ah, lluvia!

Al escuchar el tamborileo en la tapa de su caja, recordó cómo solía-a sentarse en la veranda de su cuarto de enferma. Desde ahí- estiraba los brazos hacia afuera y extendía-a las manos para poder sentir las gotas. Soltó una carcajada y se dejó mojar. ¡Ya no necesito paraguas! ¡Tampoco volveré a caer enferma! ¡Ya no necesito dinero! ¡Shooo!

La llovizna cesó. La procesión cruzó la carretera pública mientras una hermosa bruma que se alzaba del suelo elevaba consigo el olor de la tierra.

Fue entonces cuando la hermana Alphonsa vio al padre Romulus. Se quedó parada, mirándolo fijamente con culpa y júbilo a la vez. Mi querido padre, ¿cómo no te había-a visto? La felicidad la llenó. Saltó hacia él y le dijo: Sabía-a que no te perderías mi funeral. Pero no te vi por concentrarme sólo en mis preocupaciones. Soplé las gotas de sudor que caían sobre su frente y agregó: Padre, ahora todo está bien con mi funeral.

Le preguntó: Padre, ¿escuchas la confesión de una persona muerta? Si no, ¿con quién me confesaré ahora? ¿O no pecaré más? ¿Ya no tendré miedos y tribulaciones? ¿Quién me aconsejará ahora? La hermana susurró en los oídos del sacerdote: Oh, maestro querido a mi conciencia, ¡Umma! ¡Umma!

Aunque lo intentó, no pudo contener su deseo de contar el número de personas que conformaban su cortejo. ¡Buen Dios! Hay dieciocho dolientes. Contándome a mí-, diecinueve. Contándome a mí- dentro del ataúd, ¡veinte! ¡Jaja! Tantos han venido a plantarme como semilla de arroz en el suelo horrible de una fosa recién excavada en el nuevo cementerio. Sin poder contener su felicidad, dijo a su cuerpo: No temas, pequeña, vas a entrar en tierra fresca y rica que ha nutrido mangos, pimientas, bananas, jacas y camotes.

Mientras el cortejo subía a los escalones que llevaban a la iglesia, las portadoras jadeaban y sudaban. Alphonsa exclamó, preocupada: Mis queridas hermanas, ¿qué debo hacer? ¡Sigo siendo una carga, siempre! Por favor perdíñenme una última vez.

Cuando lo colocaron dentro del templo, Alphonsa fue a despedirse de su cuerpo. Bajo el forro negro del ataúd, que ahora se alzaba sostenido en sus cuatro esquinas por patas similares a las de una mesa, vio su propia cara. Estaba pálida.

Parecía-a como si se hubiera quedado dormida de improviso. ¿No sabes que has muerto?, preguntó a su cuerpo. Sus dientes superiores estaban a la vista porque sus labios habían retrocedido ligeramente. Alphonsa sintió ganas de juntarlos para ponerlos como deberían estar. Pequeña, ¿no debieron cerrártelos cuando moriste como hicieron con tus ojos? Y entonces besó esos párpados, esos labios pálidos y esa frente expuesta. ¡Umma! ¡Umma! ¡Mi querida Annakutty!

Fue entonces cuando notó una hebra de gris en el cabello que se ocultaba detrás de su oreja. Se sorprendió. ¡Buen Dios, he encanecido! ¡Con sólo treinta y seis años! Un regalo de tristeza la atravesó. Lo dejó pasar. Abrazó su cuerpo y dijo: No importa, querida. No importa. Ahora, no nos importa nada.

El padre Romulus terminaba su panegírico.

«Bendito sea el convento en que ella vivió. Bendita sea esta aldea, Bharanganam, donde su cuerpo sagrado es puesto a descansar».

Alphonsa sonrió con timidez. El padre está diciendo todo esto por afecto hacia mí-. ¡Padre!, clamó, cuando me planté en la tierra revuelta y fresca del cementerio, riégame con amor. Daré abundante cosecha. Como los tallos de grano, danzaré con el viento. Maduraré bajo el sol y esperaré la recolección.

Nuevas manos vinieron para ayudar a las portadoras exhaustas a cargar la caja. El cortejo se movió del fresco interior del templo al patio repleto de aire y luz del día. Alphonsa vio la tierra roja que había-a quedado amontonada a los lados de la fosa como una pequeña cordillera. ¡Qué bonito!

Las hermanas bajaron el frente al suelo cerca de la tumba. Lloraban. Achachan lloraba. El padre Romulus se enjugaba el rostro. Alphonsa sintió un dolor tormentoso crecer en su interior. Llorando también, se movió nerviosamente como un plateado rayo de sol entre los que se lamentaban por ella y besó cada una de sus lágrimas.

El entierro había-a terminado. Alphonsa se quedó parada viendo cómo se dispersaban los dolientes. Por fin, ella y su tumba se quedaron solas. Examinó las flores y las velas colocadas en los seis pies de largo que ocupaba el montón de tierra que era ahora su tumba. Sonrió.

Y entonces, justo antes de derretirse en la luz del sol, Alphonsa miró hacia el cielo azul y las nubes y exclamó: ¡Oh! ¿Ahora quién me mostrará el camino al cielo?.

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la

traducción del malayalam al inglés de Anupama Raju.

Nota:
1 El autor reconoce y agradece al libro Alphonsamayude Likhithangal (Escrituras de la hermana Alphonsa), compilado por la reverenda Damianos, por las citas de la carta escrita por la hermana Alphonsa y también por los fragmentos del discurso del padre Romulus que se incluyeron en la historia.
2 La Hermana Alphonsa (1910-1946), nativa de Kerala, fue canonizada en 2008. Su tumba está en Bharananganam, en el distrito Kottayam, en Kerala, India.
3 Annakutty fue el nombre dado a la hermana Alphonsa cuando tomó sus votos.
4 El padre Romulus fue el guía espiritual y confesor de la hermana Alphonsa.
1 Beso. (Todas las notas son del traductor).

2 Padre.

3 Hermana mayor.

4 Hermano mayor.